

murió en ella. Haz siempre, á ejemplo de los primeros cristianos, la señal de la cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y sobre todo, cuando te asalta alguna tentacion, ó te hallas en algun peligro. Siempre se usó esta divina señal en todas las iglesias, y por los cristianos de todos los siglos; úsala tú frecuentemente, y siempre con fe, con respeto y con espíritu de religion. No imites á tantos como parece que hacen irrisión de ella, cuando afectan santiguarse; uno ó dos garabatos en el aire delante de la frente ó del pecho son todas las cruces que hacen cuando se persignan; parece que se avergüenzan del Evangelio; y en ellos aquella no es señal de la religion que profesan, sino de la indevoción de que muchos hacen vanidad. Corrige en tí un defecto tan irreligioso y tan comun, y ten cuidado de formar siempre la señal de la santa cruz con devoción y con reverencia; mira que es muy importante este aviso.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SANTA MÓNICA, madre de S. Agustin, en Ostia Tiberina, cuya santa vida escribió su hijo é insertó en el libro nono de sus Confesiones. (*Véase su historia en el día de hoy.*)

EL TRIUNFO DE SAN SILVANO, obispo de Gaza, en las minas de Fenos, en Palestina, el cual fué martirizado con gran parte de su clero por mandato de Galerio Maximiano César en la persecucion de Diocleciano: OTROS TREINTA Y NUEVE MÁRTIRES condenados allí á trabajar en las minas, fueron tambien degollados con él despues de haber sido atormentados con hierros hechos ascua y con otros tormentos.

SAN CIRIACO, obispo, en Jerusalem, el cual visitando los santos lugares fué muerto imperando Juliano apóstata. (Créese que fué obispo de Ancona en Italia.)

SAN PORFIRIO, mártir, en Umbria. (Nació en Camerino, ciudad de Umbria, y á sus trabajos apostólicos debió gran parte de aquellos países el conocimiento de las verdades de la fe, donde es considerado como su apóstol y su padre. Los paganos le hicieron sufrir una dolorosa muerte, el año 250.)

SANTA ANTONIA, mártir, en Nicomedia, la cual despues de crueles y escesivos tormentos, estuvo colgada de un brazo por tres dias, y luego la tuvieron dos años en la cárcel; y finalmente por orden del prefecto Prisciliano, perseverando en la confesion del Señor, fué quemada.

SAN FLORIAN, mártir, en Lorch, en la alta Austria, el cual atada una piedra al cuello por mandato del prefecto Aquilino, fué echado en el rio Eus, en tiempo del emperador Diocleciano.

SANTA PELAYÁ, virgen, en Tarso, la cual alcanzó la palma del mar-

tirio metida en un toro de bronce hecho ascua, en tiempo del emperador Diocleciano.

SAN PAULINO, mártir, en Colonia.

SAN VENERIO, obispo de Milan, y de cuyas virtudes da buen testimonio S. Juan Crisóstomo en una carta que le escribió. (*Murió el año 409.*)

SAN SACERDOTE, obispo de Limoges, en Perigord de Francia.

SAN GODEARDO, obispo y confesor, en Hildasheine, en Sajonia: fué canonizado por Inocencio II.

SAN CURCÓDOMO, diácono, en Auxerre.

SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTIN.



S^{TA.} MONICA.

Nació Sta. Mónica en una ciudad de Africa el año de 332 de padres cristianos, mas distinguidos por su virtud que por su nobleza de sangre. Dieron á su hija una educacion correspondiente; y para criarla con mayor cuidado se la confiaron á una buena vieja, criada tan antigua de la casa, que habia conocido en la cuna al padre de nuestra Mónica; y la santa vieja desempeñó esta confianza con el mayor cuidado y con el mayor esmero. Visiblemente se reconocia que iba creciendo con la edad la devocion de la niña, y como tenia mucha advertencia y una inclinacion natural á la virtud; dejaba poco que hacer á su piadosa aya y maestra.

Contaba despues la misma Sta. Mónica á su hijo, que no obstante las saludables lecciones de aquella virtuosa mujer, que no queria bebiesen vino las doncellas, ella habia cobrado tanta inclinacion á él, que sin duda hubiera dado en algun vergonzoso exceso, si no fuera por una criada que un dia la llamó borracha; lo que la causó tanta vergüenza, y la hizo abrir tanto los ojos para conocer la torpeza de aquel vicio, que desde el mismo instante hizo propósito de no volver á probar el vino; y que así lo habia cumplido hasta entonces.

El buen entendimiento y el buen modo de nuestra Mónica, su juicio, su compostura, su modestia y su virtud la hacian cada dia mas amable, y mas amada de sus padres; y viéndola éstos en edad para casarse, contando mas con su virtud que con las otras prendas naturales, la dieron por marido un rico ciudadano de Tagaste, en la provincia de Numidia, llamado Patricio, porque, aunque era todavía gentil, esperaban que la cordura y la virtud de su hija le convertirian á la religion cristiana.

Al entrar Mónica en el nuevo estado, se hizo cargo así de sus obligaciones como de sus trabajos. Su primer cuidado fué estudiar bien el genio, la inclinacion y el humor de su marido. Eran

las pasiones dominantes de éste la cólera y una incontinencia desenfrenada; dedicóse Mónica á templar la una con su modestia, apacibilidad y sufrimiento; y á corregir la otra con su amor, paciencia y disimulo. Cuando Patricio estaba mas colérico y mas arrebatado, en aquel ímpetu jamás le resistia su mujer, ni le respondia la menor palabra; prevenia sus gustos, y se adelantaba á todo cuanto podia complacerle.

Como un dia se quejasen con fiadamente en presencia de Mónica otras amigas suyas de su misma edad de lo mucho que tenían que padecer con sus maridos, las dijo la Santa con tanta dulzura como prudencia: *Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio feroz y mas extravagante de un marido, no hay medio mas eficaz que el silencio respetuoso, el modo mas humilde y sereno, y la paciencia dulce y constante de una mujer; el rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente; el contrato matrimonial es contrato oneroso que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos con paciencia. Si vosotras sabeis callar, ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.*

A sus máximas y á sus consejos correspondia su porte. Aunque Patricio era hombre bárbaro, arrebatado y brutal, ella le desarmaba con su paciencia, y le ganaba con su dulzura. Siempre atenta á sus obligaciones, no pensaba mas que en el gobierno de su casa. Todo el tiempo se le llevaban sus devociones y el cuidado de su familia, con cuyos medios tuvo el consuelo de ver reinar en una familia, casi toda ella gentil, un espíritu verdaderamente cristiano.

La suegra de Mónica, hechizada de su virtud y de su prudencia, queria tanto á su nuera que la idolatraba. En breve tiempo fue Mónica la admiracion de toda la ciudad, donde apenas se hablaba de otro asunto que de la paz que reinaba en su casa, y de la ejemplar educacion que daba á su familia; elogios que la merecieron tanto concepto, y tan general estimacion, que en habiendo algunas diferencias ó disensiones en las casas particulares, todos acudian á Mónica para que las compusiese; siendo ella como la árbitra y universal pacificadora de toda la ciudad.

Iba creciendo mientras tanto su virtud, y singularmente la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, á quien todos los dias encomendaba su familia; pidiéndola sobre todo con incessantes instancias y ruegos la conversion de su marido. Consiguíola en fin; porque haciendo Patricio reflexion á la dulzura, á la apacibilidad, al sufrimiento; á la prudencia y á to-

das las demás virtudes que reconocia y admiraba en su mujer; como era hombre capaz, infirió que no podia dejar de ser verdadera la religion que las enseñaba; conoció sus errores, detestólos, instruyóse bien en la religion cristiana, y recibió el bautismo. ¿Quién podria esplicar el gozo de nuestra Santa cuando vió ya cristiano á su marido? Con la mudanza de religion mudó tambien las costumbres; aquellos grandes ejemplos de virtud que por tanto tiempo habia observado en su mujer, produjeron todo su efecto. Ya no era aquel Patricio colérico, altivo, furioso, disoluto, sino otro enteramente contrario, pacífico, humilde, modesto, casto, temeroso de Dios; pudiéndose llamar esta la primera conquista de nuestra Santa. Pero el Señor la tenia reservada otra mucho mas ventajosa á toda la Iglesia, que era la de su primogénito hijo Agustino, cuya conversion costó á la santa madre muchas lágrimas.

Era Agustino de poca edad cuando murió su padre; y viéndose viuda nuestra Mónica, solo pensó en adquirir todas aquellas virtudes que pide S. Pablo á las de su estado. Retirada, mortificada, recogida y casi invisible á las demás criaturas, tenia repartido el tiempo en sus ejercicios espirituales, en obras de misericordia, en el gobierno de su familia y en la educacion de sus hijos. Habia tenido tres: dos hijos y una hija, siendo el mayor de todos Agustino, que la costó tantos cuidados, tantos suspiros y tantas oraciones.

Viendo la buena madre aquella viveza y fogosidad extraordinaria de su genio, comenzó á temer las mas funestas resultas; especialmente cuando ni con sus consejos, ni con sus reprehensiones podia contener la impetuosidad de aquel natural, ni moderar la violenta pasion que le arrastraba hácia la sensualidad. Tuvo el dolor de verle precipitarse en los errores de los maniqueos, porque favorecian la torpeza y la disolucion; mas no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas, las limosnas y todo género de buenas obras para conseguir de Dios la salvacion de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprenderle y de exhortarle á que se apartase del camino de la perdicion. Pero Agustino no daba oidos mas que á sus pasiones: enternecianle las lágrimas de tan buena madre; mas no apagaban el fuego de aquel corazon, inflamado con el ardor de una juventud desordenada. Derramábala Mónica noche y dia en la presencia del Señor para mover su misericordia, y acompañaba las oraciones con grandes penitencias; cuando, compadecido el mismo Señor, quiso alentar su esperanza con algun consuelo. Tuvo un sueño en que se la dió á entender que al cabo se con-

vertiria su hijo, y que se reduciria al gremio de la santa Iglesia.

No la permitia su amor perderle de vista; y así le siguió á Cartago, donde pasó á sus estudios. Cuanto mas se desviaba de Dios Agustino con sus desórdenes, mas se acercaba á su Majestad la santa madre con sus gemidos, solicitando inclinar la divina misericordia con lágrimas y con oraciones. Consiguió en fin lo que deseaba con tan fervorosas ansias; y el mismo S. Agustin reconoce que su conversion, segun la profecía de un santo obispo, habia sido fruto de las lágrimas de su santa madre.

¡En qué abismo estaba yo metido! esclama en el capítulo 11 de sus Confesiones; y vos, Dios mio, estendisteis desde el cielo hacia mi vuestra mano misericordiosa para sacarme de aquellas profundas tinieblas en que estaba sepultado. Llorábame mientras tanto mi buena madre con mas vivo dolor que otras madres lloran á sus hijos cuando ven que los llevan á enterrar; porque me veia verdaderamente muerto delante de vos, y lo veia con los ojos de la fe, y con aquella luz que vos la habiais comunicado. Así, Dios mio, escuchasteis vos sus ansias, y no despreciasteis aquellas lágrimas que derramaba á torrentes en vuestra presencia, siempre, y en todos los lugares en que os ofrecia su oracion. Desde entonces la oisteis benignamente, y en cierta manera la asegurasteis por aquel sueño, que sin duda la enviasteis vos, y la sirvió de tanto consuelo, no menos que lo que la dijo aquel santo obispo, que no era posible que se perdiese para siempre un hijo que la costaba tantas lágrimas.

Pero aun no era llegado este tiempo. Aunque Agustino profesaba tierno y filial amor á su madre, hacia poco caso de su llanto ni de sus amonestaciones. Desazonado con la insolencia y mala crianza de los discípulos que le oian en Cartago, donde enseñaba retórica, resolvió embarcarse y pasar á Roma, con esperanza de que seria allí mas estimado. Tuvo noticia de esto Sta. Mónica, y fué grande su dolor temiéndose que aquel viaje habia de dilatar mucho la conversion de Agustino, de la cual concebía cada día mayores esperanzas: hizo cuanto pudo para esforzarle; pero Agustino se escapó secretamente, haciéndose á la vela una noche mientras su santa madre estaba haciendo oracion en la capilla de S. Cipriano. Esta separacion costó á Mónica una gran pesadumbre; gemió en lo mas íntimo de su corazón, y redobló con Dios su amorosa solicitud, ruegos y oraciones.

Apenas llegó á Roma Agustino, cuando cayó tan gravemente enfermo, que estuvo á los umbrales de la muerte. Confiesa él mismo que debió su curacion á las oraciones de su virtuosa madre. Llegó á noticia de ésta que su hijo habia dejado á Roma por

ir á enseñar la retórica en Milan, y al instante tomó la resolucion de pasar el mar, solo por estar con él. Levantóse una tempestad tan brava y tan furiosa, que todos se daban por perdidos, siendo la melancólica y silenciosa consternacion que reinaba en los semblantes el mas fiel testimonio de lo que asustaba á todos el peligro; pero Mónica alentaba á la misma tripulacion, y todos se persuadieron á que debian á sus oraciones el haber escapado del naufragio.

Luego que entró en Milan supo la conversion de su hijo. Fué indecible su alegría cuando vió que ya no era maniqueo; mas faltábala para ser cabal el verle buen católico. Cuando logró esto, exclamó sin poderse contener, llena del mas gozoso profundo reconocimiento: *Ahora sí, Señor, que moriré en paz, pues os habeis dignado oír las oraciones de vuestra indigna sierva. Seais por siempre bendito, Dios de misericordia, y dignaos de perfeccionar vuestra obra en la conversion de mi hijo.*

Aprovechó mucho su espíritu con las santas pláticas que tuvo con S. Ambrosio mientras se detuvo en Milan. Usaba la Santa ciertas devociones ó ejercicios espirituales que se estilaban en Africa, y S. Ambrosio habia prohibido en su obispado; apenas llegó á noticia de Mónica la prohibicion del obispo, cuando al instante las dejó; mostrando que en sus devociones no se dejaba llevar de la inclinacion ni de la costumbre, y mucho menos del apego á su propia voluntad.

Habiendo resuelto restituirse á Africa, partió de Milan con san Agustin; y llegando al puerto de Ostia, se detuvieron en él para descansar de las fatigas del camino, esperando tambien tiempo oportuno para embarcarse. Un dia que estaban solos madre y hijo, tuvieron una larga conversacion sobre la caduca y perecedera vanidad de los bienes de esta vida, y sobre la eterna felicidad que gozan los santos en el cielo. *Mientras hablábamos de aquella dichosa vida, dice S. Agustin, aspirando á ella con ardientes ansias, nos elevamos en cierta manera hasta sentirla, y hasta gustarla por medio de un lanzamiento de espíritu y vuelo del corazón; pero Sta. Mónica no tardó mucho en ir á gozarla. Cinco ó seis dias despues cayó enferma, y durante la enfermedad padeció una especie de desmayo ó deliquio, que la enajenó por algun tiempo de los sentidos. Vuelta en sí, dijo á S. Agustin y á su hermano Navigio: ¿Dónde he estado yo? Habiéndolos observado muy tristes, llorosos y doloridos, añadió: Hijos míos, aquí enterraréis á vuestra madre. Y como Navigio, su hijo menor, mostrase desear a lo menos el consuelo de que muriese en su país, prosiguió la discreta Santa: ¿No veis lo que desea, y lo que dice? ¿qué impor-*

tará mas que mi cuerpo esté aquí ó allí despues de muerto? Lo único que os pido es que en cualquiera parte donde esteis os acordéis de mí en el altar del Señor. Y como la hubiésemos preguntado, dice S. Agustin, si no la daba alguna pena el ser enterrada en lugar tan distante de su tierra, respondió: *En ningun lugar del mundo estamos lejos de Dios, y no le costará trabajo ninguno hallar mi cuerpo para resucitarle con todos los demás. De esta manera, continua S. Agustin, fué separada de su cuerpo aquella alma tan llena de religion y tan santa; al noveno dia de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia.*

Luego que rindió el espíritu en manos del Criador, un jóven de Tagaste, llamado Evodio, amigo de S. Agustin, rezó sobre el cadáver el salmo centésimo. Es indecible el sentimiento de Agustino por esta muerte; pues aunque la consideracion de la gloria que gozaba su madre reprimia las lágrimas, pero no le embarazaba el dolor. *Habiendo sido llevado el cadáver á la iglesia, dice él mismo, le acompañe, y volví sin derramar una sola lágrima; porque no lloré durante los oficios. Mientras estuvo espuesto el cuerpo antes de darle sepultura, se celebró el divino sacrificio de nuestra redencion, como se acostumbra. Pareciónos que no era decente acompañar sus funerales con lágrimas y con suspiros, que solo deben emplearse en lamentar la infelicidad de los difuntos; pero en la muerte de mi madre nada habia que mereciese llorarse, pues solo habia sido un tránsito á mejor vida; de esto estábamos asegurados por la pureza de sus costumbres, por la sinceridad de su fe, y por la regularidad de su vida. Et si quis peccatum invenērit, flevisse me matrem meam exigua parta horæ; y si á alguno le pareciere mal que yo hubiese llorado por algunos instantes á una madre que acababa de espirar delante de mis ojos, á una madre que me habia llorado tantos años por la ardentísima ansia que tenia de verme vivir delante de los ojos de Dios: non irrideat: disculpe mi ternura, y llore él mismo por mis pecados si tiene alguna caridad.*

Aunque estaba muy persuadido S. Agustin á que el Señor habia concedido á su santa madre la gloria que le pedia incessantemente en sus fervorosas oraciones; nunca dejó de ofrecer por ella el santo sacrificio de la misa, como la misma Santa se lo habia encargado á la hora de la muerte, y del cual habia sido tan devota durante su vida, que todos los dias asistia á él con la mas tierna devocion; y no contento con esto, pidió á todos los sacerdotes amigos y conocidos suyos que se acordasen en el altar, así de Mónica como de su padre Patricio.

Desde que murió esta Santa se hizo memoria de ella con singular veneracion en toda la Iglesia. Consérvanse algunas reliquias suyas en la abadia de Arovaia en Roma, como tambien en otras partes, y en todas con particular devocion.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion es la siguiente:

O Dios, consuelo de los afligidos y salud de los que en tí esperan, que atendiste misericordiosamente á las piadosas lágrimas de la bienaventurada Mónica en la conversion de su hijo Agustino, concédenos por la intercesion de entrambos que lloremos nuestros pecados, y que hallemos el perdon de ellos en tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 5.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irrepreensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elijase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES.

Es error buscar fuera del estado de cada uno el camino de la perfeccion. El apetito á frutas extranjeras es, cuando menos, extravagancia del paladar, y delicadeza perniciosa. De tal manera ha ordenado Dios todos los estados, que todos están en el camino real de la vida cristiana. Quien la va á buscar á otra parte, se desvia del camino carretero; y el que se desvia de este camino, anda cerca de perderse.

Si qua vidua, dice el Apóstol, *filios aut nepotes habet*, *discat primum domum suam regere*: si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien, y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas se esté todo el día en la iglesia, que se ande de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas ni en devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los crie en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesion, aquellas madres de familias que con el especioso pretexto de una falsa devocion dejan su recogimiento, andan continuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, demasadamente espuestas á los peligros del bullicio y del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobando, ni mucho menos censurar la ejemplar devocion de aquellas matronas y señoras cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del cristianismo. Hablo solo de aquellas devociones fuera de su lugar, fruto ordinario del amor propio y de no sé qué secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la continua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa se hace tedioso, y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algun pretexto para dispensarse en aquellas obligaciones que se juzgan esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de devocion. Se ha de asistir á todas las salves; no se ha de perder algun sermon; se ha de concurrir á todas las fiestas, á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas son, y empleo del tiempo muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esa piadosa ociosidad. Pero si mientras una madre de familias se está muy devotamente en la iglesia, sus hijos y sus criados viven con una licencia escandalosa; si mientras se ocupa en componer, en restituir la paz á otra familia, reina en la suya la desunion, la parcialidad, y la mala inteligencia; si mientras consuela á los afligidos, irrita y desazona á su marido por su piadosa holgazaneria, y por sus imprudentes abstinencias; finalmente, si mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, se están sus hijos sin educacion y sin crianza, á merced de unos criados viciosos ó negligentes, sin oír quizá mas que conversaciones torpes, y sin ver mas que escandalosos ejemplos; ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente zelo que muestra por los extraños? ¿hará mucho caso de un zelo tan poco prudente y tan mal ordenado? ¿serán del agrado de su Majestad unas de-

vociones tan fuera de su lugar, y tan incompatibles con las obligaciones de su estado? ¿llegarán á los oídos del Señor sus oraciones entre los gritos de sus hijos, las quejas de su marido, y las murmuraciones de su familia? ¿Cosa rara! no podia Dios facilitar mas la virtud, ni hacerla mas suave, ni mas accesible á todo el mundo, que poniéndosela á cada uno en las mismas obligaciones de su estado. Con todo eso son muy raros los que la buscan en él, ó á lo menos apenas se halla gusto en la virtud, que es propia del estado de cada uno. No se estima la que nace en el terreno propio: los mas suspiran por la que produce el ajeno, sin advertir que los árboles trasplantados á distinto clima, ordinariamente pierden mucho. Los aires naturales son los mas saludables. Santifíquense en sus casas las madres de familias, y no busquen fuera lo que tienen dentro de ellas. Si desean practicar las virtudes de humildad, caridad, mortificación, etc.; si quieren ejercitar su zelo, abundante materia encontrarán en sus casas; será mas pura su virtud, cuanto menos espuesta esté á la vanagloria. Dios no las pide mas que el que cumplan con sus obligaciones. En fin, los padres y madres de familias tengan siempre en la memoria este oráculo del apóstol S. Pablo: *El que no cuida de sí, y particularmente de los suyos, renunció la fe, y es peor que un gentil.*

El Evangelio es del cap. 7 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad, por nombre Naim; é iban con él sus discipulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y la acompañaba gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, los poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

De la sincera voluntad de entregarse á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es bien de extrañar que